

Notas (y pretextos para hablar) sobre el suicidio

por Rafael Vargas

Hace ya cuatro años apareció en Editorial Novaro (traducida al castellano por Stella Mastrangelo) uno de los más importantes ensayos que se han escrito sobre el suicidio: *El Dios Salvaje*,* del crítico y poeta inglés A. Alvarez. La relevancia de esta obra es indiscutible y, sin embargo, en México ha pasado casi desapercibida. En primer lugar, porque resulta sumamente difícil localizar un ejemplar en alguna de las librerías del Distrito Federal (lo que no deja de ser extraño, pues la Novaro tiró cinco mil ejemplares, y no creemos que la edición entera se haya agotado. Es más lógico pensar, conociendo el sistema de distribución de los libros en México, que más de la mitad del tiraje se conserve almacenado en las bodegas de la editorial). Y, por otra parte, hay que añadir la escasez de comentarios de la crítica en torno al libro. Este es motivo más que suficiente para hablar —pese al tiempo transcurrido desde la fecha de aparición— de este excepcional estudio.

En su análisis sobre el suicidio (compilado en el libro "Sociología de la muerte"),¹ el doctor Ruth Menahem señala: "Cuando se habla del suicidio en general, no parece que la significación del término deje lugar a dudas. El que atenta contra su vida, el que voluntariamente la pone en peligro, es calificado de suicida. Pero cuando se trata de precisar en un caso concreto cómo se articulan el deseo de vivir y el deseo de morir, nos vemos obligados a hacer un cierto número de inferencias, de hipótesis sobre los deseos conscientes e inconscientes, sobre las motivaciones y su realización, sobre las causas y sus móviles. ¿Cabe hablar de tendencias suicidas siempre que una persona se arriesga, sea al volante de un automóvil, en la escalada de una montaña, al tomar un medicamento o al rehusar cuidarse, cuando fuma o cuando bebe? Y, a la inversa, ciertas muertes calificadas de accidentales son quizás el resultado de una decisión suicida.

"Toda la dificultad que supone dar una definición unívoca del suicidio está relacionada con esta problemática del suicida,

inserto en un entramado de relaciones entre él y el medio que lo rodea. Las reacciones del entorno pueden determinar la necesidad del individuo de pasar al acto. La conducta suicida es tan sólo la parte visible de ese iceberg inmerso compuesto de los deseos y temores de muerte de unos y otros; lo que está en juego en esta comunicación entre la persona y el ambiente tiene que ver con la muerte, por lo cual es tan difícil encontrar una postura racional."

Y no es otra cosa lo que Alvarez persigue (y consigue) a lo largo de "El Dios Salvaje": desentrañar la compleja mecánica del pensamiento del suicida. Para ello, se sirve del estudio histórico, antropológico, sociológico, psicológico (¡uf!) y por supuesto, literario.

En el prefacio, Alvarez confiesa las causas que lo llevaron a intentar "descubrir porqué la gente se suicida". La fuerte impresión que provocó en él el suicidio de un antiguo profesor de física y, sobre todo, el suicidio de su amiga, la poetisa Sylvia Plath. El libro comienza con una evocación acerca de su persona: una mujer "alegre e ingeniosa", sobre la cual pesaba una abrumadora conciencia de soledad y muerte. El prólogo describe la situación y las circunstancias que la condujeron al suicidio. A partir de esto, Alvarez se lanza a recopilar antecedentes y datos, "la historia del acto y de su extraña transformación dentro de la cultura occidental". Desde los griegos hasta nuestros días, tanto la concepción del acto suicida como sus efectos sociales, han sufrido un extraordinario cambio: las motivaciones varían desde la dignidad, el honor, hasta el hastío de vivir. Las implicaciones morales del suicidio, en consecuencia, tie-

nen toda clase de matices, y van desde la condena y el desprecio, hasta la frialdad del análisis científico. El suicida, en la edad media, es considerado como un criminal, en la *Divina Comedia* de Dante, quien se ha quitado la vida se encuentra en el último círculo del infierno, después que los criminales, son transformados en troncos secos y no pueden nunca recuperar su cuerpo. En la actualidad, el que se suicida es un alienado. Citamos nuevamente a Menahem: "El suicidio ¿es siempre patológico? Semejante postura nos parece que responde más a un deseo de excluir al suicida que a un juicio racional... si el suicidio cae dentro de la patología, tal vez sea en un sentido etimológico, ya que 'patos', significa sufrimiento."

Alvarez incursiona con todo cuidado en el terreno, no exalta ni hace una apología del suicidio, nos ofrece una mirada lo más desapasionada posible, pese a que, en el último capítulo, se declara a sí mismo como un suicida frustrado: "Es como si todo hubiera sucedido a otra persona, en otro mundo."

Aparte de todos estos aspectos, de los enfoques psicológicos y sociológicos, Alvarez nos presenta un amplio cuadro del suicidio entre los artistas (sobre todo entre los poetas), y en esta forma hace un recorrido a través de la más diversa cantidad de nombres: Dante, John Donne, Baudelaire, Rimbaud, Dostoievski, Tolstoi, en fin, una larga serie de personajes cuyas tendencias suicidas (o sus eventuales crisis) demuestran hasta qué punto la idea del suicidio obsede la mente de los artistas. Pero la intención de Alvarez, no es, en ningún momento, mitificar formas de conducta o de pensa-



miento, por el contrario: su interés primordial es echar abajo las falacias y los mitos que pesan sobre esos "prestigios literarios". Como en el caso de Chatterton: "...sus razones para suicidarse no tenían nada que ver con la imaginación, la vulnerabilidad del poeta o el extremismo. El suicidio fue, en cambio, una solución para un problema práctico, mucho más visible y desagradable: el fracaso en Grub Street y el hambre". Es decir, los mismos problemas que pueden aquejar al hombre promedio. Algo muy semejante a lo que Thomas Mann decía acerca de Baudelaire: "Era un gran poeta a pesar del alcohol."

Sólo hay un aspecto que Alvarez no ilumina con suficiencia. El trasfondo político de todo suicidio. Una persona que decide quitarse la vida, es, de una manera u otra, una víctima de un orden social, económico y moral. ¿De qué manera podría uno explicarse la muerte de un joven, que, supuestamente, no tiene ningún problema para continuar adelante? "La evocación de la muerte —nuevamente Menahem— anuda los lazos entre el suicida y su entorno. El candidato al suicidio actúa como un despertador de culpabilidad: hace que los otros reconozcan sus propios deseos inconscientes de muerte; todo el grupo se siente afectado, pues si la muerte es preferible a la vida, es porque la vida resulta demasiado penosa. La conducta suicida revela así la quiebra de todo en el sistema. Por esta razón la mayoría de las sociedades condenan el suicidio."

En México, muy pocas personas han logrado decir algo coherente acerca de la autodestrucción y el suicidio. De entre ellas, conviene citar a Carlos Monsiváis: "Quienes prefieren autodestruirse, quienes niegan dinámicamente las editoriales de los periódicos, las mesas redondas de TV y los mensajes de los padrinos de generación con su amor positivo por el progreso, están desafiando (se dice) la noción misma, el corpus total de esa jerarquía que no registra afrenta mayor (se afirma) que el autoexterminio, decidido y consumado a espaldas de los soberbios premios ofrecidos y ya sacralizados por la sociedad (...) De allí que en el empeño de negar la autodestrucción, el primer peligro sea hacerlo a nombre de la sociedad. Si uno mantiene reservas ante la fragilidad o el oculto vigor de esos seres que se dopan, se alcoholizan, destripan de la universidad y, en cuartos apiñados se clavan alrededor del último disco de Jimi Hendrix o de un volumen de Octavio Paz; si uno pone entre paréntesis lo



radical de la postura de quienes no identifican la vida con la carrera, debe procurar la mayor exactitud para no volverse repentinamente defensor del orden y exaltador del curriculum vitae."

Pero la cuestión tampoco es sentir que... "soy un drop-out, un exiliado de la sociedad, un desertor del bienestar. ¡Admirénme!", porque "En el fondo se perfila el autohalago; soy como Rimbaud, Baudelaire (...), Jorge Cuesta, Janis Joplin (...), Modigliani, soy como esa admirable legión de quienes han rodado hasta el fondo de sí mismos. (...) Soy Van Gogh mutilándome la oreja. Hart Crane suicidándose para huir de su alcoholismo y su homosexualidad (...), Dylan Thomas desangrándose como ángel ciego, Poe agotando las reservas bostonianas de ajeno. Y puesto que soy todo eso, puesto que cedo mi genio a las fuerzas de la oscuridad, mi valor se potencia y permanece."

"...¡Nelazo! O sea el no categórico de la Onda. El autoelogio es autocompasión y es autoalabanza. Lo subyacente es la atmósfera de carnaval, la sensación de que esas ropas nunca les corresponden a esos seres, que el signo del farsante es su incapacidad dramática para llegar al tercer acto. Siempre se quedará en los intermedios. Siempre preferirá dolerse —con su exhibicionismo patético— de una incompreensión que en caso de pretender modificarse, no tendría absolutamente nada que comprender."

"Mas siempre existen entre quienes se autodestruyen, seres que no actúan por erigir una estatua del tamaño de sus debilidades, ni por dandismo exagerado y cruento, ni por rendirse al mareo de alturas o descensos. Hay seres vestigiales, residuos

de una actitud del porvenir, siglos del futuro que se desvanecen en el presente, que merecen, por un lado, el respeto que toda decisión autónoma solicita, y por otro, la postura crítica complementaria a ese respeto. Entiendo que la mayor autodestrucción se produce cuando se pertenece y se acata a la sociedad. El proceso de un niño mexicano cuya potencia o virtud posible está en el orden de Albert Einstein y cuyo acto o virtud cumplida se dará finalmente en el orden de Pito Pérez, no es sino el proceso de la autodestrucción, que se consuma con ayudas sociales."² La cita de Monsiváis es larga, pero necesaria.

Dentro de toda esta cuestión, lo que se necesita es hacer luz y despojarse de falsas creencias, que a fin de cuentas devienen en asideros tan falsos como los otros, de los cuales se cree escapar.

Volvamos al punto de partida (que dio pretexto para todos estos comentarios). El libro de A. Alvarez es, en el sentido al que acabo de referirme, un libro esclarecedor y muy valioso, además de una hermosa muestra del género ensayístico. Esperemos que a alguno de los dirigentes de Novaro se le ocurra (por fin) hacer una distribución adecuada del libro, de modo que muy pronto esté al alcance de cualquier buen lector interesado en el asunto.

Notas

1 *Sociología de la muerte*. Tribuna Médica. Organización Sala Editorial, S. A. Madrid, 1974.

2. Carlos Monsiváis: "Aproximaciones y reintegros", en *La Cultura en México* Suplemento de *Siempre!*. No. 415, 1970.

* Ed. Novaro, México. Junio de 1973.